

mí no me hace otra descomodidad de hacer el camino esta noche, que mañana tenía determinado, y esto me es forzoso, pues de vuestra aldea soy proveído de lo que he menester para mi sustento; y por el camino, como mejor pudiéremos, os haré ciertos de mis desgracias. A todos pareció bien lo que el mozo ermitaño decía, y poniéndole en medio dellos, con vagarosos pasos tornaron á seguir el camino de la aldea, y luego el afligido ermitaño con muestras de mucho dolor desta manera al cuento de sus miserias dió principio.

En la antigua y famosa ciudad de Jerez, cuyos moradores de Minerva y Marte son favorecidos, nació Timbrijo, un valeroso caballero, del cual, si sus virtudes y generosidad de ánimo hubiese de contar, á difícil empresa me pondría. Basta saber que, no sé si por la mucha bondad suya, ó por la fuerza de las estrellas que á ello me inclinaban, yo procuré por todas las vías que pude serle particular amigo, y fuéme en esto el cielo tan favorable, que casi olvidándose á los que nos conocían el nombre de Timbrijo y el de Silerio, que es el mío, solamente los dos amigos nos llamaban, haciendo nosotros con nuestra continua conversacion y amigables obras que tal opinion no fuese vana. Desta suerte los dos con increíble gusto y contento los mozos años pasábamos, ora en el campo en el ejercicio de la caza, ora en la ciudad en el del honroso Marte entreteniéndonos, hasta que un día (de los muchos aciagos que el enemigo tiempo en el discurso de mi vida me ha hecho ver) le sucedió á mi amigo Timbrijo una pesada pendencia con un poderoso caballero, vecino de la misma ciudad. Llegó á término la cuestion, que el caballero quedó lastimado en la honra, y á Timbrijo le fué forzoso ausentarse, por dar lugar á que la furiosa discordia cesase, que entre las dos parentelas se comenzaba á encender; dejando escrita una carta á su enemigo dándole aviso que le hallaría en Italia en la ciudad de Milan ó en Nápoles, todas las veces que, como caballero, de su agravio satisfacerse quisiese. Con esto cesaron los bandos entre los parientes de entrambos, y ordenóse que á igual y mortal batalla el ofendido caballero, que Pransiles se llamaba, á Timbrijo desafiase, y que en hallando campo seguro para la batalla se avisase á Timbrijo. Ordenó mas mi desgraciada suerte, que al tiempo que esto sucedió yo me hallase tan falto de salud, que apenas del lecho levantarme podia, y por esta ocasion se me pasó la de seguir á mi amigo donde quiera que fuese, el cual al partir se despidió de mí con no pequeño descontento, encargándome que en cobrando fuerzas le buscase, que en la ciudad de Nápoles le hallaría, dejándome con mas pena que yo sabré agora significaros. Mas al cabo de pocos dias (puediendo en mí mas el deseo que de verle tenia, que no la flaqueza que me fatigaba) me puse luego en camino; y para que con mas brevedad y mas seguro le hiciese, la ventura me ofreció la comodidad de cuatro galeras, que en la famosa isla de Cádiz de partida para Italia puestas y aparejadas estaban. Embarquéme en una de ellas, y con próspero viento en tiempo breve las riberas catalanas descubrimos; y habiendo dado fondo en un puerto dellas, yo que algo fatigado de la mar venía, asegurado primero de que por aquella noche las galeras de allí no partían, me desembarqué con solo un amigo y un criado mío; y no creo que debia de ser la media noche cuando los marineros y los que á cargo las galeras llevaban,

viendo que la serenidad del cielo calma ó próspero viento señalaba, por no perder la buena ocasion que se les ofrecia, á la segunda guardia hicieron la señal de partida; y zarpando las áncoras, dieron con mucha presteza los remos al sesgado mar, y las velas al sosegado viento, y fué como digo con tanta diligencia hecho, que por mucha que yo puse para volver á embarcarme, no fui á tiempo, y así me hube de quedar en la marina con el enojo que podrá considerar quien por semejantes y ordinarios casos habrá pasado; porque quedaba mal acomodado de todas las cosas que para seguir mi viaje por tierra eran necesarias; mas considerando que de quedarme allí poco remedio se esperaba, acordé de volverme á Barcelona, adonde como ciudad mas grande podria ser hallar quien me acomodase de lo que me faltaba, correspondiendo á Jerez ó á Sevilla con la paga dello. Amaneciome en estos pensamientos, y con determinacion de ponerlos en efecto aguardaba á que el dia mas se levantase, y estando á punto de partirme, sentí un grande estruendo por la tierra, y que toda la gente corria á la calle mas principal del pueblo; y preguntando á uno que era aquello, me respondió: Llegáis, señor, á aquella esquina, que á voz de pregonero sabréis lo que deseais. Hicelo así, y lo primero en que puse los ojos fué en un alto crucifijo, y en mucho tumulto de gente, señales que algún sentenciado á muerte entre ellos venia, todo lo que me certificó la voz del pregonero, que declaraba que por haber sido salteador y bandolero, la justicia mandaba ahorcar un hombre, que como á mí llegó, luego conocí que era el mi buen amigo Timbrijo, el cual venia á pié con unas esposas á las manos y una soga á la garganta, los ojos enclavados en el crucifijo que delante llevaba, diciendo y protestando á los clérigos que con él iban, que por la cuenta que pensaba dar en breves horas al verdadero Dios, cuyo retrato delante de los ojos tenia, que nunca, en todo el discurso de su vida, habia cometido cosa por donde públicamente mereciese recibir tan ignominiosa muerte, y que á todos rogaba, rogasen á los jueces le diesen algun término para probar cuán inocente estaba de lo que le acusaban. Considerese aquí, si tanto la consideracion pudo levantarse, cuál quedaria yo al horrendo espectáculo que á los ojos se me ofrecia: no sé qué os diga, señores, sino que quedé tan embelesado y fuera de mí, y de tal modo quedé ajeno de todos mis sentidos, que una estatua de marmol debiera de parecer á quien en aquel punto me miraba. Pero ya que el confuso rumor del pueblo, las levantadas voces de los pregoneros, las lastimosas palabras de Timbrijo, y las consoladoras de los sacerdotes, y el verdadero conocimiento de mi buen amigo me hubieron vuelto de aquel embelesamiento primero, y la alterada sangre acudió á dar ayuda al desmayado corazón, y despertando en él la cólera debida á la notoria venganza de la ofensa de Timbrijo, sin mirar al peligro que me ponía, sino al de Timbrijo, por ver si podia librarle ó seguirle hasta la otra vida, con poco temor de perder la mia, eché mano á la espada, y con mas que ordinaria furia entré por medio de la confusa turba, hasta que llegué adonde Timbrijo iba, el cual no sabiendo si en provecho suyo tantas espadas se habian desenvainado, con perplejo y angustiado ánimo estaba mirando lo que pasaba, hasta que yo le dije: ¿Adónde está, ó Timbrijo; el esfuerzo de tu valeroso pecho? ¿Qué esperas ó

qué aguardas? ¿Por qué no te favoreces de la ocasion presente? Procura, verdadero amigo, salvar tu vida, en tanto que esta mia hace escudo á la sinrazon que, según creo, aquí te es hecha. Estas palabras mías y el conocerme Timbrijo, fué parte para que, olvidado todo temor, rompiese las ataduras ó esposas de las manos; mas todo su ardimiento fuera poco si los sacerdotes, de compasion movidos, no ayudaran su deseo; los cuales, tomándole en peso, á pesar de los que estorbarlo querian, se entraron con él en una iglesia que allí junto estaba, dejándome á mí en medio de toda la justicia, que con grande instancia procuraba prenderme, como al fin lo hizo, pues á tantas fuerzas juntas no fué poderosa la solamia de resistirlas; y con mas ofensa que á mi parecer mi pecado merecia, á la cárcel pública, herido de dos heridas, me llevaron: el atrevimiento mio, y el haberse escapado Timbrijo aumentó mi culpa y el enojo en los jueces, los cuales ponderando bien el exceso por mí cometido, pareciéndoles ser justo que yo muriese, luego la cruel sentencia pronunciaron, y para otro dia guardaban la ejecucion. Llegó á Timbrijo esta triste nueva allí en la iglesia donde estaba, y segun yo despues supe, mas alteracion le dió mi sentencia, que le habia dado la de su muerte; y por librarle della, de nuevo se ofrecia á entregarse otra vez en poder de la justicia; pero los sacerdotes le aconsejaron que servia de poco aquello, ántes era añadir mal á mal, y desgracia á desgracia, pues no sería parte el entregarse él para que yo fuese suelto, pues no lo podia ser sin ser castigado de la culpa cometida. No fueron menester pocas razones para persuadir á Timbrijo no se diese á la justicia; pero sosegóse con proponer en su ánimo de hacer otro dia por mí lo que yo por él habia hecho, por pagarme en la misma moneda, ó morir en la demanda. De toda su intencion fué avisado por un clérigo que á confesarme vino, con el cual le envié á decir, que el mejor remedio que mi desdicha podia tener, era que él se salvase, y procurase que con toda brevedad el virey de Barcelona supiese todo el suceso, ántes que la justicia de aquel pueblo la ejecutase en él. Supe tambien la causa por que á mi amigo Timbrijo llevaba al amargo suplicio, segun me contó el mismo sacerdote que os he dicho; y fué que viniendo Timbrijo caminando por el reino de Cataluña, á la salida de Perpiñan dieron con él una cantidad de bandoleros, los cuales tenian por señor y cabeza á un valeroso caballero catalan, que por ciertas enemistades andaba en la compañía, como es ya antiguo uso de aquel reino, cuando los enemistados son personas de cuenta, salirse á ella y hacerse todo el mal que pueden, no solamente en las vidas, pero en las haciendas, cosa ajena de toda cristiandad, y digna de toda lástima. Sucedió pues que al tiempo que los bandoleros estaban ocupados en quitar á Timbrijo lo que llevaba, llegó en aquella sazón el señor y caudillo dellos, y como en fin era caballero, no quiso que delante de sus ojos agravio alguno á Timbrijo se hiciese; ántes pareciéndole hombre de valor y prendas, le hizo mil cortesias ofrecimientos, rogándole que por aquella noche se quedase con él en un lugar allí cerca, que otro dia por la mañana le daria una señal de seguro para que sin temor alguno pudiese seguir su camino hasta salir de aquella provincia. No pudo Timbrijo dejar de hacer lo que el cortés caballero le pedía, obligado de las buenas obras dél recibidas: fué-

ronse juntos, y llegaron á un pequeño lugar, donde por los del pueblo alegremente recibidos fueron. Mas la fortuna que hasta entónces con Timbrijo se habia burlado, ordenó que aquella mesma noche diesen con los bandoleros una compañía de soldados, solo para este efecto juntada, y habiéndolos cogido de sobresalto, con facilidad los desbarataron; y puesto que no pudieron prender al caudillo, prendieron y mataron á otros muchos, y uno de los presos fué Timbrijo, á quien tuvieron por un salteador que en aquella compañía andaba; y segun se debe imaginar sin duda le debia de parecer mucho, pues con atestiguar los demas presos que aquel no era el que pensaban, contando la verdad de todo el caso, pudo tanto la malicia en el pecho de los jueces, que sin mas averiguaciones lo sentenciaron á muerte, la cual fuera puesta en efecto, si el cielo, favorecedor de los justos intentos, no ordenara que las galeras se fuesen, y yo en tierra quedase para hacer lo que hasta agora os he contado que hice. Estabase Timbrijo en la iglesia y yo en la cárcel, ordenando de partirse aquella noche á Barcelona; y yo que esperando estaba en qué pararia la furia de los ofendidos jueces, con otra mayor desventura suya, Timbrijo y yo de la nuestra fuimos librados. Mas ¡ojalá fuera servido el cielo que en mí solo se ejecutara la furia de su ira, con tal que la alzarán de aquel pequeño y desventurado pueblo, que á los filos de mil bárbaras espadas tuvo puesto el miserable cuello! Poco mas de media noche sería, hora acomodada á facinorosos insultos, y en la cual la trabajada gente suele entregar los trabajados miembros en brazos del dulce sueño, cuando improvisamente por todo el pueblo se levantó una confusa vocería, diciendo: Al arma, al arma, que turcos hay en la tierra. Los ecos destas tristes voces ¿quién duda que no causaron espanto en los mujerieles pechos, y aun pusieron confusion en los fuertes ánimos de los varones? No sé qué os diga, señores, sino que en un punto la miserable tierra comenzó á arder con tanta gana, que no parecia sino que las mismas piedras, con que las casas fabricadas estaban, ofrecian acomodada materia al encendido fuego que todo lo consumia. A la luz de las furiosas llamas se vieron relucir los bárbaros alfanjes, y parecerse las blancas tocas de la turca gente, que encendida con segures ó hachas de duro acero, las puertas de las casas derribaban, y entrando en ellas, de cristianos despojos salian cargados. Cuál llevaba la fatigada madre, y cuál el pequeño hijo, que con cansados y débiles gemidos, la madre por el hijo, y el hijo por la madre preguntaba; y alguno sé que hubo que con sacrilega mano estorbó el cumplimiento de los justos deseos de la casta recién desposada vírgen y del esposo desdichado, ante cuyos llorosos ojos quizá vió coger el fruto de que el sin ventura pensaba gozar en término breve. La confusion era tanta, tantos los gritos y mezclas de las voces tan diferentes, que gran espanto ponian. La fiera y endiablada canalla, viendo cuán poca resistencia se les hacia, se atrevieron á entrar en los sagrados templos, y poner las descomulgadas manos en las santas reliquias, poniendo en el seno el oro con que guarnecidas estaban, y arrojándolas en el suelo con asqueroso menosprecio. Poco le valia al sacerdote su santimonia, y al fraile su retraimiento, y al viejo sus nevas canas, y al mozo su juventud gallarda, y al pequeño niño su inocencia simple, que de todos llevaban el saco

aquellos descreídos perros; los cuales, despues de abrazadas las casas, robados los templos, desflorado las vírgenes, muerto los defensores, mas cansados que satisfechos de lo hecho, al tiempo que el alba venía, sin impedimento alguno se volvieron á sus bajeles, habiéndolos ya cargado de todo lo mejor que en el pueblo habia, dejándole desolado y sin gente, porque toda la mas gente se llevaban, y la otra á la montaña se habia recogido. ¿Quién en tan triste espectáculo pudiera tener quedas las manos y enjutos los ojos? Mas ¡ay! que está tan llena de miserias nuestra vida, que tan doloroso suceso como el que os he contado, hubo cristianos corazones que se alegraron; y estos fueron los de aquellos que en la cárcel estaban, que con la desdicha general cobraron la dicha propia, porque en son de ir á defender el pueblo, rompieron las puertas de la prision y en libertad se pusieron, procurando cada uno no de ofender á los contrarios, sino de salvar á sí mismos; entre los cuales yo gocé de la libertad tan caramamente adquirida. Y viendo que no habia quien hiciese rostro á los enemigos, por no venir á su poder ni tornar al de la prision, desamparando el consumido pueblo, con no muy pequeño dolor de lo que habia visto, y con el que mis heridas me causaban, seguí á un hombre que me dijo, que seguramente me llevaria á un monasterio que en aquellas montañas estaba, donde de mis llagas sería curado, y aun defendido, si de nuevo prender me quisiesen: seguile en fin, como os he dicho, con deseo de saber qué habria hecho la fortuna de mi amigo Timbrio, el cual, como despues supe, con algunas heridas se habia escapado y seguido por la montaña otro camino diferente del que yo llevaba: vino á parar al puerto de Rosas, donde estubo algunos dias, procurando saber qué suceso habria sido el mio; y que en fin, sin saber nuevas algunas se partió en una nave, y con próspero viento llegó á la gran ciudad de Nápoles. Yo volví á Barcelona, y allí me acomodé de lo que menester habia, y despues ya sano de mis heridas, torné á seguir mi viaje, y sin sucederme reves alguno llegué á Nápoles, donde hallé enfermo á Timbrio; y fué tal el contento que en vernos los dos recibimos, que no me siento con fuerzas para encarecérosle por agora. Allí nos dimos cuenta de nuestras vidas, y de todo aquello que hasta aquel momento nos habia sucedido; pero todo este placer mio se aguaba con ver á Timbrio no tan bueno como yo quisiera, ántes tan malo y de una enfermedad tan extraña, que si yo á aquella sazón no llegara, pudiera llegar á tiempo de hacerle las obsequias de su muerte, y no solenizar las alegrías de su vista. Despues que él hubo sabido de mí todo lo que quiso, con lágrimas en los ojos me dijo: ¡Ay, amigo Silerio! ¡y cómo creo que el cielo procura cargar la mano en mis desventuras, para que dándome la salud por la vuestra, quede yo cada día con mas obligación de servirlos! Palabras fueron estas de Timbrio que me enternecieron; mas por parecerme de comedimientos tan poco usados entre nosotros, me admiraron. Y por no cansaros en deciros punto por punto lo que yo le respondí y lo que él mas replicó, solo os diré, que el desdichado de Timbrio estaba enamorado de una señora principal de aquella ciudad, cuyos padres eran españoles, aunque ella en Nápoles habia nacido: su nombre era Nísida, y su hermosura tanta, que me atrevo á decir que la naturaleza cifró en ella el extremo de sus per-

fecciones; y andaban tan á una en ella la honestidad y belleza, que lo que la una encendia, la otra enfriaba, y los deseos que su gentileza hasta el mas subido cielo levantaba, su honesta gravedad hasta lo mas bajo de la tierra abatía. A esta causa estaba Timbrio tan pobre de esperanza, cuan rico de pensamientos, y sobre todo falto de salud, y en términos de acabar la vida sin descubrirlos: tal era el temor y reverencia que habia cobrado á la hermosa Nísida. Pero despues que tuve bien conocida su enfermedad, y hube visto á Nísida, y considerado la calidad y nobleza de sus padres, determiné de posponer por él la hacienda, la vida y la honra, y mas si mas tuviera y pudiera, y así usé de un artificio el mas extraño que hasta hoy se habrá oído ni leído; y fué que acordé de vestirme como truhan, y con una guitarra entrarme en casa de Nísida, que por ser, como ya he dicho, sus padres de los principales de la ciudad, de otros muchos truhanes era continuada. Parecióle bien este acuerdo á Timbrio, y resignó luego en las manos de mi industria todo su contento. Hice yo hacer luego muchas y diferentes galas, y en vistiéndome comencé á ensayarme en el nuevo oficio delante de Timbrio, que no poco reía de verme tan truhanamente vestido; y por ver si la habilidad correspondia al hábito, me dijo que haciendo cuenta que él era un gran príncipe y que yo de nuevo venía á visitarle, le dijese algo. Y si yo no me acuerdo mal, y si vosotros, señores, no os cansais de escucharme, diréos lo que entonces le canté, con ser la primera vez. Todos dijeron que ninguna cosa les daria mas contento, que saber por extenso todo el suceso de su negocio, y que así le rogaban que ninguna cosa, por de poco momento que fuese, dejase de contarles. Pues esa licencia me dáis, dijo el ermitaño, no quiero dejaros de decir cómo comencé á dar muestras de mi locura, que fué con estos versos que á Timbrio canté, imaginando ser un gran señor á quien los decia.

SILERIO.

De príncipe que en el suelo
Va por tan justo nivel;
¿Qué se puede esperar del,
Que no sean obras del cielo?

No se ve en la edad presente
Ni se vió en la edad pasada
República gobernada
De príncipe tan prudente:
Y del que mide su celo
Por tan cristiano nivel,
¿Qué se puede esperar del,
Que no sean obras del cielo?

Del que trae por bien ajeno,
Sin codiciar mas despojo,
Misericordia en los ojos,
Y la justicia en el seno:
Del que lo mas deste suelo
Es lo ménos que hay en él,
¿Qué se puede esperar del,
Que no sean obras del cielo?

La liberal fama vuestra,
Que hasta el cielo se levanta,
De que teneis alma santa
Nos da indicio y clara muestra:
Del que no discrepa un pelo
De ser al cielo fiel,
¿Qué se puede esperar del,
Que no sean obras del cielo?

Del que con cristiano pecho
Siempre en el rigor se tarda,
Y á la justicia le guarda
Con clemencia su derecho:
De aquel que levanta el vuelo
Do ninguno llega á él,
¿Qué se puede esperar del,
Que no sean obras del cielo?

Estas y otras cosas de mas risa y juego canté entonces á Timbrio, procurando acomodar el brio y donaire del cuerpo á que en todo diese muestras de ejercitado truhan; y salí tan bien con ello, que en pocos dias fui conocido de toda la mas gente principal de la ciudad, y la fama del truhan español por toda ella volaba: hasta tanto que ya en casa del padre de Nísida me deseaban ver, el cual deseo les cumpliera yo con mucha facilidad, si de industria no aguardara á ser rogado. Mas en fin, no me pude excusar que un día de un banquete allá no fuese,

donde vi mas cerca la justa causa que Timbrio tenia de padecer, y la que el cielo me dió para quitarme el contento todos los dias que en esta vida durare. Ni á Nísida, á Nísida vi para no ver mas, ni hay mas que ver despues de haberla visto. ¡Oh fuerza poderosa de amor; contra quien valen poco las poderosas nuestras! Y ¿es posible que en un punto, en un momento los reparos y pertrechos de mi lealtad pudieses en términos de dar con todos ellos por tierra? Ay, que si se tardara un poco en socorrerme la consideracion de quien yo era, la amistad que á Timbrio debia, el mucho valor de Nísida, y el afrentoso hábito en que me hallaba, que todo era impedimento á que con el nuevo y amoroso deseo que en mí habia nacido, no naciese tambien la esperanza de alcanzarla, que es el arrimo con que el amor camina ó vuelve atras en los enamorados principios! En fin, vi la belleza que os he dicho, y porque me importaba tanto el verla, siempre procuré granjear el amistad de sus padres y de todos los de su casa; y esto con hacer del gracioso y bien criado, haciendo mi oficio con la mayor discrecion y gracia á mí posible. Y rogándome un caballero que aquel día á la mesa estaba, que alguna cosa en loor de la hermosura de Nísida cantase, quiso la ventura que me acordase de unos versos que muchos dias ántes para otra ocasion casi semejante yo habia hecho, y sirviéndome para la presente, los dije, que eran estos.

SILERIO.

Nísida, con quien el cielo
Tan liberal se ha mostrado,
Que en daros á vos dió al suelo
Una imágen y traslado
De cuanto encubre su velo:
Si él no tuvo mas que os dar,
Ni vos mas que desear,
Con facilidad se entiendo
Que lo imposible pretende
Quien os pretende loar.

De esa hieldad peregrina
La perfeccion soberana
Que al cielo nos encamina,
Pues no es posible la humana,
Cante la lengua divina,
Y diga, bien se conviene,
Que al alma que en sí contiene
Ser tan alto y milagroso,
Se le diese el velo hermoso
Mas que el mundo tuvo ó tiene.

Tomó del sol los cabellos,
Del sesgo cielo la frente,
La luz de los ojos bellos
De la estrella mas luciente,
Que ya no da luz ante ellos:
Como quien puede y se atreve
A la grana y á la nieve
Robó las colores bellas,
Que lo mas perfeto dellas
A sus mejillas se debe.

De marfil y de coral
Formó los dientes y labios,
Do sale rico caudal
De agudos dichos y sabios,
Y armonia celestial:
De duro mármol ha hecho
El blanco y hermoso pecho,
Y de tal obra ha quedado
Tanto el suelo mejorado,
Cuanto el cielo satisfecho.

Con estas y otras cosas que entonces canté, quedaron todos tan mis aficionadas, especialmente los padres de Nísida, que me ofrecieron todo lo que menester hubiese, y me rogaron que ningun dia dejase de visitarlos: y así sin descubrirse ni imaginarse mi industria, vine á salir con mi primer designio, que era facilitar la entrada en casa de Nísida, la cual gustaba en extremo de mis desevolturas. Pero ya que los muchos dias, y la mucha conversacion mia, y la grande amistad que todos los de aquella casa me mostraban, hubieron quitado algunas sombras al demasiado temor que de descubrir mi intento á Nísida tenia, determiné ver á do llegaba la ventura de Timbrio, que solo de mi sollicitud la esperaba. Mas ¡ay de mí! que yo estaba entonces mas para pedir medicina para mi llaga, que salud para la ajena; porque el donaire, belleza, discrecion y gravedad de Nísida habian hecho en mi alma tal efeto, que no estaba en ménos extremo de dolor y de amor puesta, que la del lastimado Timbrio. A vuestra consideracion discreta dejó el imaginar lo que podia sentir un corazón á quien de una parte combatian las leyes de la amistad, y de otra las inviolables de Cupido; porque si las unas le obligaban á no salir de lo que

ellas y la razon le pedian, las otras le forzaban que tuviese cuenta con lo que á su contento era obligado. Estos sobresaltos y combates me apretaban de manera, que sin procurar la salud ajena, comencé á dudar de la propia, y á ponerme tan flaco y amarillo, que causaba general compasion á todos los que me miraban, y los que mas la mostraban eran los padres de Nísida; y aun ella mesma con limpias y cristianas entrañas me rogó muchas veces que la causa de mi enfermedad le dijese, ofreciéndome todo lo necesario para el remedio della. ¡Ay (decia yo entre mi cuando Nísida tales ofrecimientos me hacia), ay, con cuánta facilidad, hermosa Nísida, podria remediar vuestra mano el mal que vuestra hermosura ha hecho! Pero préciome tanto de buen amigo, que aunque tuviese tan cierto mi remedio como le tengo por imposible é incierto, imposible sería que le acetase. Y como estas consideraciones en aquellos instantes me turbasen la fantasía, no acertaba á responder á Nísida cosa alguna, de lo eual ella y otra hermana suya, que Blanca se llamaba (de ménos años, aunque no de ménos discrecion y hermosura que Nísida), estaban maravilladas; y con mas deseo de saber el origen de mi tristeza, con muchas importunaciones me rogaban que nada de mi dolor les encubriese. Viendo pues yo que la ventura me ofrecia la comodidad de poner en efeto lo que hasta aquel punto mi industria habia fabricado, una vez que acaso la bella Nísida y su hermana á solas se hallaban, tornando ellas de nuevo á pedirme lo que tantas veces, les dije: No penseis, señoras, que el silencio que hasta agora he tenido en no deciros la causa de la pena que imagináis que siento, lo haya causado tener yo poco deseo de obedeceros, pues ya se sabe que si algun bien mi abatido estado en esta vida tiene, es haber granjeado con él venir á términos de conoceros, y como criado servir: solo ha sido la causa imaginar que aunque la descubra, no servirá para mas de daros lástima, viendo cuán léjos está el remedio della; pero ya que me es forzoso satisfaceros en esto, sabréis, señoras, que en esta ciudad está un caballero natural de mi mesma patria, á quien tengo por señor, por amparo y por amigo, el mas liberal, discreto y gentil hombre que en gran parte hallarse pueda, el cual está aquí ausente de la amada patria por ciertas cuestiones que allá le sucedieron, que le forzaron á venir á esta ciudad, creyendo que si allá en la suya dejaba enemigos, acá en la ajena no le faltaran amigos; mas hale salido tan al reves su pensamiento, que á un solo enemigo que él mismo sin saber cómo aquí se ha procurado, le tiene puesto en tal extremo, que si el cielo no le socorre, con acabar la vida acabará sus amistades y enemistades; y como yo conozco el valor de Timbrio (que este es el nombre del caballero cuya desgracia os voy contando, y sé lo que perderé si le pierdo), doy las muestras de sentimiento que habeis visto, y aun son pocas segun á lo que me obliga el peligro en que Timbrio está puesto. Bien sé que desearéis saber, señoras, quién es el enemigo que á tan valeroso caballero, como es el que os he pintado, tiene puesto en tal extremo; pero tambien sé que en diciéndosle, no os maravillareis sino de cómo no le tiene ya consumido y muerto: su enemigo es amor, universal destruidor de nuestros sosiegos y bienandanzas: este fiero enemigo tomó posesion de sus entrañas. En entrando en esta ciudad vió Timbrio una hermosa dama de singular valor y hermo-

sura; mas tan principal y honesta, que jamas el miserable se ha aventurado á descubrirle su pensamiento. A este punto llegaba yo, cuando Nísida me dijo: Por cierto, Astor, que entónces era este el nombre mio, que no sé yo si crea que ese caballero sea tan valeroso y discreto como dices, pues tan fácilmente se ha dejado rendir á un mal deseo tan recién nacido, entregándose tan sin ocasion alguna en los brazos de la desesperacion; y aunque á mí se me alcanza poco destes amorosos efetos, todavía me parece que es simplicidad y flaqueza dejar, el que se ve fatigado dellos, de descubrir su pensamiento á quien se le causa, puesto que sea del valor que imaginarse puede; porque ¿qué afrenta se le puede seguir á ella de saber que es bien querida, ó á él qué mayor mal de su acaeda y desabrida respuesta, que la muerte que él mismo se procura callando? Y no sería bien que por tener un juez fama de riguroso, dejase alguno de alegar de su derecho; pero pongamos que sucede la muerte de un amante tan callado y temeroso como ese tu amigo, dime: ¿llamarías tú cruel á la dama de quien estaba enamorado? No por cierto; que mal puede remediar nadie la necesidad que no llega á su noticia, ni cae en su obligacion procurar saberla para remediarla. Así que, Astor, perdóname, que las obras dese tu amigo no hacen muy verdaderas las alabanzas que le das. Cuando yo oí á Nísida semejantes razones, luego quisiera con las mias descubrirle todo el secreto de mi pecho; mas como yo entendia la bondad y llaneza con que ella las hablaba, hube de detenerme, y esperar mas sola y mejor coyuntura, y así le respondí: Cuando los casos de amor, hermosa Nísida, con libres ojos se miran, tantos desatinos se ven en ellos, que no ménos de risa que de compasion son dignos; pero si de la sutil red amorosa se halla enlazada el alma, allí están los sentidos tan trabados y tan fuera de su propio sér, que la memoria solo sirve de tesorerera y guardadora del objeto que los ojos miraron; y el entendimiento de escudriñar y conocer el valor de la que bien ama; y la voluntad de consentir de que la memoria y entendimiento en otra cosa no se ocupen; y así los ojos ven como espejo de alinde, que todas las cosas se les hacen mayores: ora crece la esperanza cuando son favorecidos, ora el temor cuando desechados: y así sucede á muchos lo que á Timbrio ha sucedido, que pareciéndoles á los principios altísimo el objeto á quien los ojos levantaron, pierden la esperanza de alcanzarle; pero no de manera que no les diga amor allá dentro en el alma: ¿quién sabe? ¿podria ser? y con esto anda la esperanza, como decirse suele, entre dos aguas, la cual si del todo les desamparase, con ella huiria el amor. Y de aquí nace andar entre el temer y osar el corazon del amante afligido, que sin aventurarse á decirla, se recoge y aprieta en su llaga, y espera, aunque no sabe de quién, el remedio de que se ve tan apartado. En este mismo extremo he yo hallado á Timbrio, aunque todavía á persuasiones mias ha escrito una carta á la dama por quien muere, la cual me dió para que la vieses y mirases si en alguna manera se mostraba en ella descomedido, porque la enmendaria: encargóme asimismo que buscáse orden de ponerla en manos de su señora, que creo será imposible, no porque yo no me aventuraré á ello, pues lo ménos que aventuraré será la vida por servirle; mas porque me parece que no he de hallar ocasion para darla. Veámosla, dijo Nísida, porque deseo ver cómo escriben

los enamorados discretos. Luego saqué yo una carta del seno, que algunos dias ántes estaba escrita, esperando ocasion de que Nísida la vieses, y ofreciéndome la ventura esta, se la mostré; la cual por haberla yo leído muchas veces se me quedó en la memoria, cuyas razones eran estas.

TIMBRIO Á NÍSIDA.

«Determinado habia, hermosa señora, que el fin desastrado mio os diese noticia de quién yo era, pareciéndome ser mejor que alabáredes mi silencio en la muerte, que no que vituperáredes mi atrevimiento en la vida; mas porque imagino que á mi alma conviene partirse deste mundo en gracia vuestra, porqué en el otro no le niegue amor el premio de lo que ha padecido, os hago sabidora del estado en que vuestra rara beldad me tiene puesto, que es tal que á poder significarle, no procurara su remedio, pues por pequeñas cosas nadie se ha de aventurar á ofender el valor extremado vuestro, del cual y de vuestra honesta liberalidad espero restaurar la vida para servirlos, ó alcanzar la muerte para nunca mas ofenderos.»

Con mucha atencion estuvo Nísida escuchando esta carta, y en acabándola de oír, dijo: no tiene de qué agravarse la dama á quien esta carta se envía, si ya de puro grave no da en ser melindrosa, enfermedad de quien no se escapa la mayor parte de las damas de esta ciudad; pero con todo eso no dejes, Astor, de dársela, pues como ya te he dicho no se puede esperar mas mal de su respuesta, que no sea peor el que agora dices que tu amigo padece; y para mas animarte te quiero asegurar, que no hay mujer tan recatada y tan puesta en atalaya para mirar por su honra, que le pese mucho de ver y saber que es querida; porque entónces conoce ella que no es vana la presuncion que de sí tiene, lo cual sería al revés, si viese que de nadie era solicitada. Bien sé, señora, que es verdad lo que dices, respondí yo; mas tengo temor que el atreverme á darla, por lo ménos me ha de costar negarme de allí adelante la entrada en aquella casa, de que no menor daño me vendria á mí que á Timbrio. No quieras, Astor, replicó Nísida, confirmar la sentencia que aun el juez no tiene dada: muestra buen ánimo, que no es riguroso trance de batalla este á que te aventuras. Pluguiera al cielo, hermosa Nísida, respondí yo, que en ese término me viera, que de mejor gana ofreciera el pecho al peligro y rigor de mil contrapuestas armas, que no la mano á dar esta amorosa carta á quien temo que siendo con ella ofendida, ha de arrojar sobre mis hombros la pena que la ajena culpa merece; pero con todos estos inconvenientes pienso seguir, señora, el consejo que me has dado; puesto que aguardaré tiempo en que el temor no tenga tan ocupados mis sentidos como agora: y en este entre tanto te suplico que haciendo cuenta que tú eres á quien esta carta se envía, me des alguna respuesta que lleve á Timbrio, para que con este engaño, él se entretenga un poco, y á mí el tiempo y las ocasiones me descubran lo que tengo de hacer. De mal artificio quieres usar, respondió Nísida, porque puesto caso que yo agora diese en nombre ajeno alguna blanda ó esquivada respuesta, ¿no ves que el tiempo, descubridor de nuestros fines, aclarará el engaño, y Timbrio quedará de tí mas quejoso que satisfecho? Quanto mas, que por no haber dado hasta agora res-

puesta á semejantes cartas, no querria comenzar á darlas mentirosa y fingidamente; mas aunque sepa ir contra lo que á mí mesma debo, si me prometes de decir quién es la dama, yo te diré qué digas á tu amigo, y cosa tal que él quede contento por ahora; y puesto que despues las cosas sucedan al revés de lo que él pensare, no por eso se averiguará la mentira. Eso no me lo mandes, ó Nísida, respondí yo, porque en tanta confusion me pone el decirte yo á tí su nombre, como me pondria el darle á ella la carta: basta saber que es principal, y que, sin hacerte agravio alguno, no te debe nada en la hermosura, que con esto me parece que la encarezco sobre cuantas son nacidas. No me maravillo que digas eso de mí, dijo Nísida, pues los hombres de vuestra condicion y trato, lisonjear es su propio oficio; mas dejando todo esto á una parte, porque deseo que no pierdas la comodidad de un tan buen amigo, te aconsejo que le digas que fuiste á dar la carta á su dama, y que has pasado con ella todas las razones que conmigo sin faltar punto, y cómo leyó tu carta, y el ánimo que te daba para que á su dama la llevases, pensando que no era ella á quien venia, y que aunque no te atreviste á declarar del todo, que has conocido della, que cuando sepa ser ella para quien la carta venia, no le causará el engaño y desengaño mucha pesadumbre. Desta suerte recibirá él algun alivio en su trabajo, y despues al descubrir tu intencion á su dama, puedes responder á Timbrio lo que ella te respondiere; pues hasta el punto que ella lo sepa queda en fuerza esta mentira, y la verdad de lo que sucediere, sin que haga al caso el engaño de agora. Admirado quedé de la discreta traza de Nísida, y aun no sin sospecha de la verdad de mi artificio: y así besándole las manos por el buen aviso, y quedando con ella que de cualquiera cosa que en este negocio sucediere, habia de dar particular cuenta, vine á contar á Timbrio todo lo que con Nísida me habia sucedido, que fué parte para que la tuviese en su alma la esperanza, y volviese de nuevo á sustentarle, y desterrar de su corazon los nublados del frio temor que hasta entónces le tenian ofuscado; y todo este gusto se le acrecentaba el prometerle yo á cada paso que los míos no serian dados sino en servicio suyo, y que otra vez que con Nísida me hallase, sacaria el juego de maña con tan buen suceso como sus pensamientos merecian. Una cosa se me ha olvidado de decirlos; que en todo el tiempo que con Nísida y su hermana estuve hablando, jamas la menor hermana habló palabra, sino que con un extraño silencio estuvo siempre colgada de las mias: y séos decir, señores, que si callaba, no era por no saber hablar con toda discrecion y donaire, porque en estas dos hermanas mostró naturaleza todo lo que ella puede y vale, y con todo esto no sé si os diga que holgara que me hubiera negado el cielo la ventura de haberlas conocido, especialmente á Nísida, principio y fin de toda mi desdicha; pero ¿qué puedo hacer, si lo que los hados tienen ordenado no puede por discursos humanos estorbarse? Yo quise, quiero y querré bien á Nísida, tan sin ofensa de Timbrio, cuanto lo ha mostrado bien mi cansada lengua, que jamas la habló que en favor de Timbrio no fuese, encubriendo siempre, con mas que ordinaria discrecion, la pena propia por remediar la ajena. Sucedió pues que como la belleza de Nísida tan esculpida en mi alma quedó desde el primer punto que mis ojos la vieron, no pudiendo tener en mi pecho

tan rico tesoro encubierto, cuando soio ó apartado alguna vez me hallaba, con algunas amorosas y lamentables canciones le descubria con velo de fingido nombre; y así una noche pensando que ni Timbrio ni otro alguno me escuchaba, por dar alivio un poco al fatigado espíritu, en un retirado aposento, solo de un laud acompañado, canté unos versos, que por haberme puesto en una confusion gravísima, os los habré de decir, que eran estos

SILERIO.

¿Qué laberinto es este, do se encierra
Mi loca levantada fantasia?
¿Quién ha vuelto mi paz en cruda guerra,
Y en tal tristeza toda mi alegría?
¿O cuál hado me trujo á ver la tierra
Que ha de servir de sepultura mia?
¿O quién reducirá mi pensamiento
Al termino que pide un sano intento?

Si por romper este mi frágil pecho,
Y despojarme de la dulce vida,
Quedase el suelo y cielo satisfecho
De que á Timbrio guardé la fe debida
Sin que me acordara el crudo hecho,
Yo fuera de mí mismo el homicida;
Mas si yo acabo, en él acaba luego
La amorosa esperanza y crece el fuego.

Lluevan y caigan las doradas flechas
Del ciego dios, y con rigor insano
Al triste corazon vengán derechas
Disparadas con fiera airada mano;
Que aunque ceniza y polvo queden hechas
Las heridas entrañas, lo que gana
En encubrir su dolorosa llaga
Es rica de mi mal ilustre paga.

Silencio eterno á mi cansada lengua
Pondrá la ley de la amistad sincera,
Por cuya sin igual virtud desmengua
La pena que acabar jamas espera;
Mas aunque nunca acabe y ponga en mengua
La honra y la salud, será cual era
Mi limpia fe, mas firme y contrastada
Que roca en medio de la mar airada.

Del humor que derraman estos ojos,
Y de la lengua el piadoso oficio,
Del bien que se le debe á mis enojos,
Y de la voluntad el sacrificio
Lleve los dulces premios y despojos
El claro amigo, y muéstrese propicio
El cielo á mi deseo, que pretende
El bien ajeno, y á sí mismo ofende.

Socorre, ó blando amor, levanta y guia
Mi bajo ingenio en la ocasion dudosa,
Y al esperado punto esfuerzo envia
Al alma y á la lengua temerosa,
La cual podrá, si lleva su osadia,
Facilitar la mas difícil cosa,
Y romper contra el hado y desventura
Hasta llegar á la mayor ventura.

El estar tan trasportado en mis continuas imaginaciones fué ocasion para que yo no tuviese cuenta en cantar estos versos que he dicho, con tan baja voz como debiera, ni el lugar do estaba era tan escondido, que estorbara que de Timbrio no fueran escuchados, el cual así como los oyó, le vino al pensamiento que el mio no estaba libre de amor, y que si yo alguno tenia, era á Nísida, segun se podia colegir de mi canto: y aunque él alcanzó la verdad de mis pensamientos, no alcanzó la de mis deseos, ántes entendiendo ser al contrario de lo que yo pensaba, determinó de ausentarse aquella misma noche é irse adonde de ninguno fuese hallado, solo por dejarme comodidad de que solo á Nísida sirviese. Todo esto supe yo de un paje suyo, sabidor de todos sus secretos, el cual vino á mí muy angustiado, y me dijo: Acudid, señor Silerio, que Timbrio mi señor y vuestro amigo nos quiere dejar, y partirse esta noche; y no me ha dicho dónde, sino que le apareje no sé qué dineros, y que á nadie diga que se parte; principalmente me dijo que á vos no lo dijese; y este pensamiento le vino despues que

estuvo escuchando no sé qué versos que poco ha cantábades, y según los extremos que le he visto hacer, creo que va á desesperarse; y por parecerme que debo ántes acudir á su remedio que á obedecer su mandado, os lo vengo á decir, como á quien puede ser parte para que no ponga en efecto tan dañado propósito. Con extraño sobresalto escuché lo que el paje me decía, y fui luego á ver á Timbrio en su aposento; y ántes que dentro entrase, me paré á ver lo que hacia, el cual estaba tendido encima de su lecho boca abajo, derramando infinitas lágrimas, acompañadas de profundos suspiros, y con baja voz y mal formadas razones, me pareció que estas decía: Procura, verdadero amigo Silerio, alcanzar el fruto que tu solicitud y trabajo tiene bien merecido, y no quieras por lo que te parece que debes á mi amistad, dejar de dar gusto á tu deseo, que yo refrenaré el mío, aunque sea con el medio extremo de la muerte; que pues tú della me libraste, cuando con tanto amor y fortaleza al rigor de mil espadas te ofreciste, no es mucho que agora te pague en parte tan buena obra con dar lugar á que sin el impedimento que mi presencia causarte puede, goces de aquella en quien cifró el cielo toda su belleza, y puso el amor todo mi contento: de una sola cosa me pesa, dulce amigo, y es que no puedo despedirme de ti en esta amarga partida; mas admite por disculpa el ser tú la causa della. ¡Oh Nísida, Nísida, y cuán cierto está de tu hermosura, que se ha de pagar la culpa del que se atreve á mirarla, con la pena de morir por ella! Silerio la vió, y si no quedara cual imagino que ha quedado, perdiera en gran parte conmigo la opinión que tiene de discreto; mas pues mi ventura así lo ha querido, sepa el cielo que no soy ménos amigo de Silerio, que él lo es mío; y para muestras desta verdad, apártese Timbrio de su gloria, destiérrese de su contento, vaya peregrino de tierra en tierra, ausente de Silerio y de Nísida, dos verdaderas y mejores mitades de su alma: y luego con mucha furia se levantó del lecho y abrió la puerta, y hallándose allí, me dijo: ¿Qué quieres, amigo, á tales horas? ¿Hay por ventura algo de nuevo? Hay tanto, le respondí yo, que aunque hubiera ménos no me pesara. En fin, por no cansaros mas, yo llegué á tales términos con él, que le persuadí y di á entender ser su imaginación falsa, no en cuanto estaba yo enamorado, sino en el de quién, porque no era Nísida, sino de su hermana Blanca; y supelo decir esto de manera que él lo tuvo por verdadero; y porque mas crédito á ello diese, la memoria me ofreció unas estancias que muchos días ántes yo mesmo habia hecho á otra dama del mismo nombre, y dijele que para la hermana de Nísida las habia compuesto, las cuales vinieron tan á propósito, que aunque sea fuera dél decir las agora, no las quiero pasar en silencio, que fueron estas.

SILERIO.

Oh Blanca, á quien rendida está la nieve,
Y en condición mas que la nieve helada!
No presumáis ser mi dolor tan leve,
Que esteis de remediarle descuidada:
Mirad que si mi mal no ablanda y mueve
Vuestra alma en mi desdicha conjurada,
Se volverá tan negra mi ventura,
Cuanto sois Blanca en nombre y hermosura.
Blanca gentil, en cuyo blanco pecho
El contento de amor se anida y cierra:
Antes que el mío en lágrimas deshecho
Se vuelva polvo y miserable tierra,
Mostrad el vuestro en algo satisfecho
Del amor y dolor que el mío encierra;

Que esta será tan caudalosa paga,
Que á cuanto mal padezco satisfaga.

Blanca sois vos, por quien trocar queria
De oro el mas finísimo ducado,
Y por tan alta posesión tendria
Por bien perder la del mas alto estado:
Pues esto conoceis, ó Blanca mía,
Dejad ese desden de enamorado,
Y haced, ó Blanca, que el amor acierte
A sacar, si sois vos, blanca mi suerte.

Puesto que con pobreza tal me hallara
Que tan sola una blanca poseyera,
Si ella fuéades vos, no me trocara
Por el mas rico que en el mundo hubiera:
Y si mi ser en aquel ser tornara
De Juan de Espera en Dios, dichoso fuera,
Si al tiempo que las tres Blancas buscase,
A vos, ó Blanca, entre ellas os hallase.

Adelante pasara con su cuento Silerio, si no lo estorbaba el son de muchas zampoñas y acordados caramillos, que á sus espaldas se oía; y volviendo la cabeza, vieron venir hácia ellos hasta una docena de gallardos pastores, puestos en dos hileras, y en medio venía un dispuesto pastor, coronado con una guirnalda de madre selva, y de otras diferentes flores. Traía un baston en la una mano, y con grave paso poco á poco se movía, y los demas pastores con el mesmo aplauso, y tocando todos sus instrumentos, daban de sí agradable y extraña muestra. Luego que Elicio los vió, conoció ser Daranio el pastor que en medio traían, y los demas ser todos circunvecinos, que á sus bodas querían hallarse, á las cuales asimismo Tirsi y Damon vinieron, y por alegrar la fiesta del desposorio, y honrar al nuevo desposado, de aquella manera hácia la aldea se encaminaban; pero viendo Tirsi que su venida habia puesto silencio al cuento de Silerio, le rogó que aquella noche juntos en la aldea la pasasen, donde sería servido con la voluntad posible, y haría satisfechas las suyas con acabar el comenzado suceso. Silerio lo prometió, y á esta sazón llegó el monton de alegres pastores, los cuales conociendo á Elicio, y Daranio á Tirsi y á Damon sus amigos, con señales de grande alegría se recibieron, y renovando la música, y renovando el contenido, tornaron á proseguir el comenzado camino; y ya que llegaban junto al aldea, llegó á sus oídos el son de la zampoña del desamorado Lenio, de que no poco gusto recibieron todos, porque ya conocían la extremada condición suya; y así como Lenio los vió y conoció, sin interrumpir el suave canto, desta manera cantando hácia ellos se vino.

LENIO.

Por bienaventurada,
Por llena de contento y alegría
Será por mí juzgada
Tan dulce compañía,
Si no siente de amor la tiranía.

Y besaré la tierra
Que pisa aquel que de su pensamiento
El falso amor destierra,
Y tiene el pecho exento
De esta furia cruel, de este tormento.

Y llamaré dichoso
Al rústico, advertido ganadero,
Que vive cuidadoso
Del pobre manso apero,
Y muestra el rostro al crudo amor severo.

Deste tal las corderas
Antes que venga la sazón madura
Serán ya parideras,
Y en la ocasión mas dura
Hallarán claras aguas y verdura.

Si estando amor airado
Con él pusiere en su salud desvío,
Llevaré su ganado
Con el ganado mío
Al abundoso pasto, al claro río.

Y en tanto del incienso
El humo santo irá volando al cielo,
A quien decirle pienso
Con pío y justo celo,
Las rodillas postradas por el suelo:
¡Oh cielo santo y justo!
Pues eres protector del que pretende
Hacer lo que es tu gusto,
A la salud atiende
De aquel que por servirte, amor le ofende.
No lleve este tirano
Los despojos á ti solo debidos,
Antes con larga mano
Y premios merecidos
Restituye su fuerza á los sentidos.

En acabando de cantar Lenio, fué de todos los pastores cortesantemente recibido; el cual, como oyese nombrar á Damon y á Tirsi, á quien él solo por fama conocía, quedó admirado en ver su extremada presencia, y así les dijo: ¿Qué encarecimientos bastarian, aunque fueran los mejores que en la elocuencia pudieran hallarse, á poder levantar y encarecer el valor vuestro, famosos pastores, si por ventura las niñerías de amor no se mezclaran con las véras de vuestros celebrados escritos? Pero pues ya estáis éticos de amor, enfermedad al parecer incurable, puesto que mi rudeza, con estimar y alabar vuestra rara discreción os pague lo que os debe, imposible será que yo deje de vituperar vuestros pensamientos. Si los tuyos tuvieras, discreto Lenio, respondió Tirsi, sin las sombras de la vana opinión que los ocupa, vieras luego la claridad de los nuestros, y que por ser amorosos merecen mas gloria y alabanza, que por ninguna otra sutileza ó discreción que encerrar pudieran. No mas, Tirsi, no mas, replicó Lenio, que bien sé que con tantos y tan obstinados enemigos, poca fuerza tendrán mis razones. Si ellas lo fueran, respondió Elicio, tan amigos son de la verdad los que aquí están, que ni aun burlando la contradijeran, y en esto podrás ver, Lenio, cuán fuera vas della, pues no hay ninguno que apruebe tus palabras, ni aun tenga por buenas tus intenciones. Pues á fe, dijo Lenio, que no te salve á tí la tuya, ó Elicio, si no, dígalo el aire, á quien continúe acrecientas con suspiros, y la yerba destes prados que va creciendo con tus lágrimas, y los versos que el otro día cantaste y en las hayas de aquel bosque escribiste, que en ellos se verá qué es lo que en tí alabas y en mí vitu-

LIBRO TERCERO.

El regocijado alboroto que con la ocasión de las bodas de Daranio aquella noche en el aldea habia, no fué parte para que Elicio, Tirsi, Damon y Erastro dejasen de acomodarse en parte, donde sin ser de alguno estorbados, pudiese seguir Silerio su comenzada historia; el cual, despues que todos juntos grato silencio le prestaron, siguió desta manera. Con las fingidas estancias de Blanca, que os he dicho que á Timbrio dije, quedó él satisfecho de que mi pena procedía, no de amores de Nísida, sino de su hermana; y con este seguro, pidiéndome perdón de la falsa imaginación que de mí habia tenido, me tornó á encargar su remedio; y así yo olvidado del mío no me descuidé un punto de lo que al suyo tocaba. Algunos días se pasaron, en los cuales la fortuna no me mostró tan abierta ocasión como yo quisiera para descubrir á Nísida la verdad de mis pensamientos, aunque ella siem-

peras. No quedara Lenio sin respuesta, si no vieran venir hácia donde ellos estaban á la hermosa Galatea con las discretas pastoras Florisa y Teolinda; la cual, por no ser conocida de Damon y Tirsi, se habia puesto un blanco velo ante su hermoso rostro. Llegaron y fuéron de los pastores con alegre acogimiento recibidas, principalmente de los enamorados Elicio y Erastro, que con la vista de Galatea tan extraño contento recibieron, que no pudiendo Erastro disimularle, en señal dél, sin mandárselo alguno, hizo señas á Elicio que su zampoña tocara, al son de la cual con alegres y suaves acentos cantó los siguientes versos.

ERASTRO.

Vea yo los ojos bellos
Deste sol que estoy mirando,
Y si se van apartando,
Váyase el alma tras ellos:
Sin ellos no hay claridad,
Ni mi alma no la espere;
Que ausente dellos no quiere
Luz, salud, ni libertad.

Mire quien puede estos ojos,
Que no es posible alaballo,
Mas ha de dar por mirallos
De la vida los despojos:
Yo los veo, y yo los vi,
Y cada vez que los veo
Les doy un nuevo deseo
Tras el alma que les di.

Ya no tengo mas que dar,
Ni imagino mas que dár,
Si por premio de mi fe
No se admite el desear:
Cierta está mi perdición,
Si estos ojos do el bien sobra
Los pusieron en la obra,
Y no en la sana intención.

Aunque durase este día
Mil siglos como deseo,
A mí que tanto bien veo,
Un punto me parecia:
No hace el tiempo ligero
Curso en alterar mi edad,
Mientras miro la beldad
De la vida por quien muero.

En esta vista reposa
Mi alma, y halla sosiego,
Y vive en el vivo fuego
De su luz pura y hermosa:
Y hace amor tan alta prueba
Con ella, que en esta llama
A dulce vida la llama,
Y cual fenix la renueva.

Salgo con mi pensamiento
Buscando mi dulce gloria,
Y al fin hallo en mi memoria
Encerrado mi contento:
Allí está, y allí se encierra
No en mandos, no en poderíos,
No en pompas, no en señorios,
Ni en riquezas de la tierra.

Aquí acabó su canto Erastro, y se acabó el camino de llegar al aldea, adonde Tirsi, Damon y Silerio en casa de Elicio se recogieron, por no perder la ocasión de saber en qué paraba el comenzado cuento de Silerio. Las hermosas pastoras Galatea y Florisa, ofreciendo de hallarse el venidero día á las bodas de Daranio, dejaron á los pastores, y todos ó los mas con el desposado se quedaron, y ellas á sus casas se fueron. Y aquella misma noche, solicitó Silerio de su amigo Erastro, y por el deseo que le fatigaba de volver á su ermita, dió fin al suceso de su historia como se verá en el siguiente libro.

pre me preguntaba cómo á mi amigo en sus amores le iba, y si su dama tenia ya alguna noticia dellos. A lo que yo le dije, que todavía el temor de ofenderla no me dejaba aventurar á decirle cosa alguna; de lo cual Nísida se enojaba mucho, y me llamaba cobarde y de poca discreción, añadiendo á esto que pues yo me acobardaba, ó que yo no era tan verdadero amigo suyo como decía. Todo esto fué parte para que me determinase, y en la primera ocasión me descubriese, como lo hice un día que sola estaba; la cual escuchó con extraño silencio todo lo que decirle quise, y yo como mejor pude le encarecí el valor de Timbrio, el verdadero amor que le tenia, el cual era tan fuerte, que me habia movido á mí á tomar tan abatido ejercicio como era el de truhan, solo por tener lugar de decirle lo que decía, añadiendo á es-